



## LA CIENCIA ESPAÑOLA

---

I.

IN DUBIIS LIBERTAS.

FLORENCIA 13 de Abril de 1877.

*Sr. D. Alejandro Pidal y Mon.*



¡ bueno y docto amigo: En Roma tuve ocasión de leer los dos brillantes artículos que V. ha dedicado á mi pobre libreo acerca de *La Ciencia Española*. De inmodesto pecara yo si no dijese que me parecieron en alto grado hiperbólicos los elogios que V., á manos llenas, ha derramado sobre aquel pobre trabajo, que si alguna consideración merece, ha de alcanzarla tan sólo por el fin á que se encamina y como anuncio de ulteriores tareas, que, de cierto, no le superarán en mucho. Pero de ingrato se me tacharía, con razón, si no diese á V. alguna muestra de mi

agradecimiento por la lluvia de flores con que ha tenido á bien regalarme. Por eso escribo estas líneas, y añado á ellas, á modo de postdata, algunas observaciones sobre el segundo artículo, en que V., á vuelta de mil encomios, manifiesta aguda y sabiamente su discordancia de parecer en alguno de los puntos que directa ó incidentalmente he tocado en mi libro.

Superfluo me parece advertir que en esta polémica no me mueve otro interés que el de la ciencia española, por cuya mayor difusión y esclarecimiento trabajo. Afortunadamente para mí, los puntos en que disentimos no son capitales. En lo substancial estamos conformes, y no juzgo imposible que en lo demás lleguemos á entendernos. Harto conocía yo, al tiempo en que escribí aquellas cartas, el vigor y pujanza actual del tomismo entre nosotros. Entonces, como ahora, confesaba y confieso que esa restaurada escuela es en España el más firme valladar contra las invasiones del racionalismo. Pero como á éste se le puede combatir de muchos modos, y no era lo más oportuno en aquella discusión, puramente histórica, afectar exclusivismos de escuela, no quise hacer hincapié en el tomismo, ni empeñarme de propósito en demostrar á los adversarios que España había dado grandes expositores de la doctrina del egregio Aquinate; cosa generalmente sabida y que ellos no negaban, por lo cual hubiera tenido escasa fuerza el argumento. Á los que me preguntaban por *creaciones filosóficas nacionales*, por *escuelas y sistemas penin-*

*sulares*, claro es que no podía responderles con una filosofía *extraña de origen*, aunque nuestra por derecho de conquista, como ya tuve cuidado de advertir. Bajo el aspecto *histórico nacional*, único que yo entonces consideraba, pesa y significa más Averroes que los expositores de Santo Tomás.

Aquí tiene V. explicada una de las causas de lo que en mí pudo parecer ligereza ó desdén respecto al tomismo. Yo hablaba entonces como bibliógrafo español: nada más. Los tomistas no me servían para el caso; era necesario presentar filósofos de grande originalidad de pensamiento, bien ó mal encaminada, que de esto hablaremos luego. Por eso acudí á Séneca, á Averroes, á Maimónides, á Lulio, á Vives, á Fox, á Suárez y á algunos más, sin desdeñar, no obstante, la escolástica, á la cual varios de ellos pertenecieron, y de la cual dije que era, *no una, sino dos terceras partes de nuestra filosofía*. Pero de estas dos partes hice gracia á los contrarios, é insistí en la tercera, en la más curiosa y menos estudiada hasta ahora, en la de los pensadores independientes.

Y precisamente por lo menos estudiada me fijé en ella. Yo veía que el neo-tomismo cobraba de día en día mayores fuerzas, y que sus sectarios, tan respetables por el número como por el saber, eran muy capaces de ilustrar, docta y concienzudamente, los anales de su escuela. Justo era, pues, dejarles el campo libre y no meter la hoz en mies ajena. Pero advertía en

ellos, al mismo tiempo, cierto espíritu, sobrado exclusivo, que los llevaba á seguir y ensalzar tan sólo las obras y doctrinas del Ángel de las Escuelas, con veneración laudable, sí, pero, según mi pobre entender, dañosa por lo extremada. Proyectábase una edición de las obras de Santo Tomás, tantas veces reproducidas por la estampa, tan conocidas, que se encuentran en todas las bibliotecas, en todas las manos. Y esto, cuando en Italia, patria del Santo, y en Francia, y en Alemania, y en todo el orbe cristiano, se trabaja sin cesar sobre sus admirables escritos, y en cien formas se los expone y reproduce. Y mientras se pensaba en esta empresa magna, á nadie se le ocurría, sino á mi docto y entrañable amigo Laverde, no ya publicar una biblioteca de filósofos ibéricos, sino reimprimir el más insignificante opúsculo de cualquiera de nuestros pensadores. Tenemos una reimpresión completa, aunque no muy esmerada, de las obras de Suárez; pero no se ha hecho en España, sino en París. Tenemos una buena traducción del *Guía de los extraviados ó Director de los que dudan*, de Maimónides; pero no la ha hecho ningún español, sino el francés Munk. Al mismo y á otros compatriotas suyos debemos el conocimiento de la *Fuente de la vida*, de Avicbrón. El *Filósofo autodidacto ó Régimen del solitario*, de Aben Thofail, está traducido al latín, al inglés y al alemán; pero no al castellano. El *Cuzary*, de nuestro gran pensador y poeta Jehuda-Ha-Levi, hemos de buscarle en la vieja

y rara versión de Jacob de Avendaña. En todos los países civilizados se han hecho ediciones completas de Séneca, menos en España. De San Isidoro no han reproducido las prensas españolas, en lo que va de siglo, un solo tratado. Á Raimundo Lulio hay que estudiarle en la vetusta edición maguntina, que, tras de incompleta, es rara y de difícil manejo, y tampoco contiene los textos primitivos, ni los da en su lengua original. Pues no digamos nada de los filósofos posteriores al Renacimiento....

No piense V. por esto que yo juzgase inútil (blasfemia científica sería) una reimpresión de Santo Tomás hecha en España. Pero, hoy por hoy, importa más á nuestro crédito científico popularizar nuestros sabios que los extranjeros, aunque, como el Ángel de las Escuelas, sean de los que tienen por patria el mundo y la humanidad por discípula.

Todo esto pensaba yo, y encontrando demasiado tirante el arco por una parte, probé á doblarle por la otra, quizá con exceso. Exceso, digo, no respecto al mérito de nuestros filósofos, que cada día reconozco mayor que cuanto yo acierto á encarecer, sino exceso respecto á la alteza del tomismo, que tal vez ofendí (si ofensa cabe) con palabras ligeras ó indiscretas.

En ello influyeron además otras causas que tampoco quiero ocultar. No soy tomista á la hora presente: quizá lo seré mañana. Lo cual no quiere decir que yo tenga pretensiones filosóficas, que en un pobre bibliófilo fueran absurdas. Pero sé que

cada hombre está obligado á tener más ó menos su filosofía, no sólo práctica, sino especulativa. Ahora bien: esa filosofía, por lo que á mi toca, no es otra que el criticismo *vivista*. Pero como éste no es adverso al tomismo, ni mucho menos, aunque sí distinto, de aquí que venere, respete y acate yo la doctrina tomista, como puede hacerlo el más fervoroso de sus adeptos. Es más: sospecho que el no haber llegado yo á ella depende más de mi debilidad de entendimiento que de otra razón alguna. También pueden influir en ello ciertas preocupaciones literarias ó *humanísticas* de que no es preciso tratar ahora, y á las cuales quise aludir con lo de *la santa ira*. Ocasión tendré de volver á este punto.

Si V. ha seguido con paciencia todo el relato anterior, habrá comprendido las causas de mi posición (si tal puede llamarse) respecto al tomismo. Ahora entraré á examinar parte por parte las discretas y amistosas reflexiones que vienen apuntadas en su artículo.

Fijándose en un punto claro y luminoso, pregunta V.: «¿Hay filosofía española?», y, distinguiendo, contesta: «Bajo el punto de vista de su organismo científico, no hay filosofía española, ni alemana, ni de ningún otro país: la verdad no tiene patria». Hasta aquí vamos conformes. «Bajo el punto de vista de su desarrollo histórico, donde haya filósofos habrá filosofía». Tampoco en esto cabe duda, aunque siempre es necesario que entre estos filósofos medie algún lazo más ó menos íntimo. Yo creo que le hay siempre entre los

pensadores de un mismo pueblo, y, en tal concepto, ninguno carece de *filosofía nacional*, más ó menos influyente y desarrollada. Y si nunca oímos hablar de filosofía rusa ni de filosofía escandinava, será, ó porque estos y otros países no han tenido pensadores de primero ni segundo orden, ó porque nadie se ha cuidado de investigar sus relaciones y analogías, ó porque estas investigaciones no han entrado todavía en el general comercio científico. De otra suerte, es imposible que filósofos de un mismo pueblo y raza no ofrezcan uno y aun muchos puntos de semejanza en el encadenamiento lógico de sus ideas.

Y sigue V. preguntando: «¿Se puede decir en lenguaje técnico *filosofía alemana*, *filosofía española*?» Y la contestación es: «Si los filósofos coinciden en una nota característica, sí; si no, no». Por eso, en concepto de V., y en el mío también, es exacto el nombre de *filosofía alemana* aplicado á los sistemas germánicos que han aparecido desde Kant hasta nuestros días, y no á la doctrina de Leibnitz, ni á la de Wolfio, ni á ninguna otra anterior. Tiene V. asimismo por exacto el término de *filosofía francesa* aplicado al *cartesianismo* exclusivamente, y yo añado que en este sentido es también legítimo el nombre de *filosofía escocesa*, con que se designa el psicologismo de Reid, Dugald-Stewart y Hamilton, y nunca el escepticismo de Hume, aunque éste naciera en Escocia. Pero en cuanto á España, no descubre V. más nota característica que una á sus filósofos que el *Catolicismo*, nota de suyo

harto vaga y no suficiente para justificar el nombre de *filosofía española*.

En rigor, la cuestión de los nombres importa poco; pues, una vez admitida la existencia y confesado el mérito de nuestros filósofos, de alguna manera hemos de designar el conjunto de sus especulaciones, puesto que no aparecen aisladas ni independientes unas de otras. Mas, por lo que importe, conviene aclararla. Y se aclara con dos preguntas sencillísimas: ¿Existe la *filosofía griega*? ¿Es exacto este nombre? Á lo que yo entiendo, no hay medio humano de reducir á esa violenta unidad aquella variedad y riqueza de sistemas. ¿Cuál toma V. por tipo del genio filosófico de la Grecia? Y aun limitándose á los dos principales, ¿llamará V. filosofía griega á la *platónica*, y negará este nombre á la *aristotélica*, ó viceversa? Ó, más bien: ¿reconocerá V. que el ingenio filosófico de los helenos no ha de buscarse en una ni en otra de sus escuelas, sino en el conjunto de todas y en su desarrollo histórico?

Sin duda que en esto último; y por eso es legítimo el término de *filosofía griega*, y no menos legítimo, aunque no tan usado, el de *filosofía española*. Inexactos fueran uno y otro, si indicasen series de fenómenos aislados, sin más enlace que el de lugar y el de tiempo.

Mas no sucede así en estos dos casos. Nadie lo duda en cuanto á Grecia; y por lo que toca á España, vese claro el *organismo* de su historia científica, á poco que en ella se penetre. En Sé-

neca están apuntados ya los principales caracteres del genio filosófico nacional. Dos de ellos, el *espíritu crítico* y el *sentido práctico*, llaman desde luego la atención del lector más distraído.

Séneca es uno de los tres grandes maestros de la raza ibérica: todos nuestros moralistas descienden de él en línea recta. Séneca, gentil en verdad, pero á quien San Jerónimo llama *noster*, y pone en el catálogo *de viris illustribus* al lado de los primeros cristianos, prelude nuestra filosofía *ortodoxa*. La *heterodoxa* (tomado el vocablo en su más lato sentido) presenta siempre un carácter distintivo: el *panteísmo*.

Porque hay una filosofía *panteísta* española, resuelta y clara, que se anuncia por primera vez en Prisciliano; asombra el mundo en Averroes y en Maimónides, con todas las escuelas árabes y judías que preceden y siguen al uno y al otro; pasa á Francia con el español Mauricio; se vislumbra en Fernando de Córdoba, que en pleno siglo xv formula el principio ontológico de *lo uno*, en que se resuelven *el ser y la nada*; inspira en el siglo xvi al audaz y originalísimo Miguel Servet, y alcanza su última expresión en el xvii, bajo la pluma de Benito Espinosa, cuya filiación hebraico-española es indudable.

Si el *panteísmo* está en el fondo de toda la filosofía española no católica, é informa lo mismo el *averroísmo* y el *avicebronismo*, que el misticismo *quietista* de Molinos, y persigue como un fantasma á todo español que se aparta de la verdadera luz, en cambio la filosofía española *orto-*

*doxa* y castiza de todos tiempos conviene en ser crítica y armónica, y cuando no llega á la armonía, tiende al *sincretismo*. Obsérvelo V. en todos nuestros pensadores de las grandes épocas. San Isidoro condensa y *sincretiza* la ciencia antigua. Raimundo Lulio forma un sistema admirablemente armónico, y levanta el espíritu crítico contra la enseñanza averroista. Luis Vives es la crítica del Renacimiento personificada. Fox Morcillo, en su tentativa de conciliación platónico-aristotélica, formula el *desideratum* del armonismo. Todas las escuelas nacidas al calor de la doctrina de Vives son críticas por excelencia; sobre todo, la valenciana. De todo lo cual deduzco que al principio, ya formulado por varios escritores, «la filosofía española es esencialmente dogmática y creyente», principio que V. juzga demasiado elástico, debe añadirse este otro: «la filosofía española ortodoxa es crítica y armónica; la filosofía española heterodoxa es *panteísta*, y, como tal, cerrada y *exclusiva*». Tales son, salvo error, las notas características de la filosofía ibérica. Harto más difíciles de señalar y más controvertibles son las de la italiana, y nadie duda de su existencia, por lo menos desde que Mamiani publicó su libro del *Rinnovamento*.

No hemos de reñir por averiguar si la manifestación filosófica es la más brillante de nuestro genio, y si es igual ó superior á la teológica y á la artística. Yo las creo iguales, cada cual en su esfera, y pienso que se completan mutuamente. Y pienso más: que hasta hoy no se ha entendi-

do bien la historia de nuestra literatura, por no haberse estudiado á nuestros teólogos y filósofos.

«¿En la ruina de toda verdadera filosofía á que asistimos, debemos volver los ojos á la filosofía española?» «No», contesta V., «si por filosofía española entendemos esos sistemas, incompletos unos, erróneos otros, porque el error total sólo con la verdad total se destruye». Y aquí siento disentir de V., y precisamente por las mismas razones en que V. se funda. La *verdad total* no la ha alcanzado el tomismo ni ninguna filosofía, como tal filosofía, pero debemos aspirar á ella. ¿Y dónde encontrar mejor dirección que en el armonismo de la filosofía española, sobre todo en Fox Morcillo? Él no hizo más que indicar la concordia; pero tuvo en cuenta los dos términos del problema. El aristotelismo, aunque sea el aristotelismo tomista, no nos da más que uno. ¿Por qué hemos de pararnos en el tomismo? ¡Cree V. que si Santo Tomás hubiera conocido á Platón y á Aristóteles en sus fuentes, como los conocieron los sabios del Renacimiento, se hubiera detenido donde se detuvo? En suma: «*El tomismo es la verdad toda*». En su parte teológica, *concedo*. En su parte filosófica, *niego*. Es una gran parte de la verdad, pero no toda. La verdad total está en la deseada armonía de Platón y Aristóteles, polos eternos del pensamiento científico. ¿Por ventura se agotó en Santo Tomás el entendimiento humano?

Dice V. que la *perennis philosophia* de Leibnitz es

la escolástica. Yo creo que Leibnitz nunca quiso dar á entender semejante cosa. Para él esa filosofía perenne era tan sólo el conjunto de aquellos principios fundamentales é inmutables, leyes comunes á toda inteligencia, y que, más ó menos, yacen en el fondo de todo sistema no panteísta. Dudo mucho que Leibnitz, que llamaba *bárbaro estiércol* á la escolástica, aunque en ella encontrase oro, viera allí otra cosa que materiales aprovechables para nuevas construcciones. Equivocábase en lo primero, como todos los de su siglo; pero, en rigor, ¿qué es la escolástica? ¿Dónde principia y dónde acaba? ¿Es escolástica la ciencia compilatoria de Casiodoro y de Boecio, la de San Isidoro, la de Beda ó la de Alcuino? Pues más vale conocer la antigüedad en sus fuentes que en alterados extractos. ¿Es escolástico el *panteísmo* de Scoto Erígena? ¿Lo es el antitrinitarismo de Roscelín, ó el racionalismo de Abelardo, ó alguna otra de las infinitas herejías que brotaron en las escuelas de la Edad Media? ¿Son escolásticos los místicos educados con el libro falsamente atribuido á Dionisio Areopagita? ¿Sonlo los averroístas con su panteística teoría del entendimiento uno? ¿Dónde está la verdadera escolástica? En el *tomismo*, dice V. Pero entonces se enojarán los *escotistas* y los *ockamistas*, si alguno queda, y se enojarían también los *suaristas*, á no ser por el fervor architomista que en estos últimos años ha entrado á los en otro tiempo disidentes Jesuítas.

«España vió con pena arribar á sus costas al

averroísmo, al gran corruptor de la filosofía de las escuelas.» Á pesar de esto, no deja Averroes de ser una gloria muy española. Y lo cierto es que la *escuela*, sin Averroes y antes de Averroes, estaba harto corrompida, y había sido un semillero de herejes: testigos Scoto Erígena, Berengario, Roscelín, Abelardo y muchos más. El *averroísmo*, con traer un nuevo elemento de impiedad, fué útil por la reacción poderosa que provocó, y de la cual nacieron el *tomismo* y el *lulismo*.

Subraya V. algunas frases más relativas á la escolástica. Dije que «no era el sistema primero ni único de la filosofía cristiana». Y, en efecto, no es el único ni el primero, so pena de excluir de la filosofía cristiana á todos los padres de la Iglesia griega<sup>1</sup>, que fueron más ó menos platónicos, y á San Agustín, que sin serlo tan resueltamente, tomó más de Platón que de Aristóteles. Repito que una cosa es la *filosofía* tomista y otra su *teología*. Sólo ésta puede llamarse el sistema *primero y único*, por no ser otra cosa que la teología cristiana metódicamente expuesta y defendida. Pero al servicio de esta teología, y formando ó no un organismo con ella, pueden aplicarse otras filosofías diversas de la de Aristóteles.

Que yo aplaudo las invectivas del Renacimiento contra la *barbarie de la escuela*. ¿Y por qué no? La barbarie literaria es censurable donde quiera, lo mismo en los escolásticos antiguos

<sup>1</sup> Exceptúo, por supuesto, á San Juan Damasceno, que pertenece á una época muy posterior.

que en los krausistas modernos. No participo de la preocupación, en otro tiempo general, contra el lenguaje y estilo de los escolásticos. Sé que se encontraron con una lengua como el latín, decadente por una parte, y por otra de malas condiciones para la filosofía, sobre todo por su carencia de artículos. Sé que crearon una lengua y un estilo especiales, de perversas condiciones estéticas, pero analíticos y precisos. Sé que algunos escribieron, si no con elegancia y agrado, con vigor y fuerza. Pero en muchos maestros y en el *servum pecus* de los discípulos, ¿quién negará que hubo barbarie, y barbarie espantosa? Yo los disculpo; pero no los aplaudo. ¿Quién dudará que es mejor escribir como Platón que como Alejandro de Hales ó como Escoto? Y á pesar de las muchas defensas que de él he visto, todavía no he logrado persuadirme que el estilo de Santo Tomás sea un gran modelo. El Santo (y dispéñseme V. éste atrevimiento) tenía más de pensador que de artista. En la prosa didáctica muestra Santo Tomás grandes cualidades, reflejo de su grande alma; pero no igualdad, ni corrección, ni gusto. Quizá no eran posibles en su tiempo. Mas no he de ser yo quien haga observaciones literarias, tratándose de un Santo Tomás de Aquino.

Censura V. más adelante varias frases de Laverde y mías relativas á Luis Vives. Pero yo no veo en ninguna de esas frases motivo de escándalo, y procuraré demostrarlo, aunque brevemente, examinándolas una por una.

*Luis Vives es un filósofo ecléctico.* Sí, por cierto, como lo es todo filósofo digno de tal nombre, máxime cuando nace en épocas de transición, en épocas críticas. *Ecléctico* en cuanto admite la verdad, venga de donde viniere; *ecléctico* en cuanto no sobrepone á la propia razón y al propio criterio la razón de los maestros y el criterio de una escuela determinada; *ecléctico* en cuanto no acata la autoridad sino *en las cosas que son de fe*; *ecléctico* en cuanto profesa el gran principio *In necessariis unitas, in dubiis libertas*; *ecléctico* porque no desdeña ninguno de los elementos y tendencias del pensamiento humano, sino que los comprende y armoniza todos, como están comprendidos y armonizados en la conciencia; *ecléctico* en cuanto no declara guerra á Platón en nombre de Aristóteles, como los escolásticos, ni á Aristóteles en nombre de Platón, como la escuela de Florencia. Pero no *ecléctico* á la manera de los franceses, pretendiendo conciliar la verdad y el error en una síntesis; que esto sólo fuera lo peligroso y censurable.

*Combinó el oro que extrajo de la escolástica decadente con lo más ACENDRADO DE OTROS SISTEMAS.* Esta bella frase encierra otra verdad innegable. ¿Quién puede olvidar que la escolástica estaba *decadente*, pero muy *decadente*, en los días de Vives y en los próximamente anteriores? Ya no producía Tomases ni Escotos. Estaba representada por aquellos doctores que disputaban sobre la diferencia de estas dos frases: *Vidi Papam* y *Papam vidi*; por los averroistas de Padua, impíos bru-



tales y negadores de la inmortalidad del alma; por aquellos catedráticos de prima de teología que razonaban de esta suerte: «Nuestra fe está fundada en Santo Tomás, y Santo Tomás en Aristóteles; luego decir mal de Aristóteles, es ir contra nuestra santa fe <sup>1</sup>».

Las tan renombradas Universidades yacían en general y manifiesta decadencia. La de Salamanca apenas dió más señal de vida, en el último tercio del siglo xv, que la herejía del escolástico Pedro de Osma. La de París, si hemos de juzgar por lo que cuenta Vives, que estudió en ella, era un foco de ignorancia y de barbarie. Y aun algo más tarde decía graciosamente Don Diego de Mendoza: «No sé por qué Aristóteles, en sus libros *De animalibus*, dijo que no había asnos en Francia, cuando vemos tantos bachilleros como se hacen en París cada año». Tal era, sin excepción (puesto que nada montan algunas individualidades, como el Cardenal Cayetano), el estado de la enseñanza escolástica cuando escribió Vives. Y, sin embargo, Vives tuvo el buen juicio de no confundir el escolasticismo en una general censura, de guardar sus mayores anatemas para los averroístas, de atacar, no á los aristotélicos de veras, sino á los pseudo-aristotélicos.

Tomó de otros sistemas distintos del tomismo, sistemas que Santo Tomás no pudo poner á contribución porque en su siglo no se conocían, á lo menos directa é íntegramente. Utilizó Vives doctrinas platónicas; utilizó todo el saber de

<sup>1</sup> Proceso del Brocense.

Aristóteles, que no se conoció íntegro y puro hasta los días del Renacimiento; aprovechóse de toda aquella ciencia antigua, cuya noticia sólo había llegado á Santo Tomás, de segunda mano; en incorrectas traducciones, cuando no en resúmenes y extractos. La ciencia de la Edad Media es muy respetable, pero su erudición valía poquísimo.

*Cristianizó la filosofía renaciente.* En lo de cristianizar no veo mal alguno, y el término *filosofía renaciente* no quiere decir otra cosa que *filosofía del Renacimiento*. Esta filosofía era de origen griego, como toda filosofía moderna, y Luis Vives la cristianizó, de la misma manera que Santo Tomás había cristianizado el pseudo-peripatetismo que corría en su tiempo. Así como el Angélico Doctor apartó las espinas del averroísmo, el gran filósofo de Valencia salvó su sistema de otros nuevos escollos, huyendo cuidadosamente del neoplatonismo teosófico de Marsilio Ficino, que era por entonces el mayor peligro, y de las extravagancias gentilicas de aquellos gramáticos que se habían dado á resucitar en crudo la doctrina del alma del mundo, la unidad eleática, ó el atomismo de Leucipo.

*De Vives procede la filosofía moderna, así en lo bueno como en lo malo; pero lo malo procede ocasionalmente, como proceden del dogma las herejías.* Si no hubiera un dogma de la Trinidad, no habría herejes anti-trinitarios. Si no hubiera un misticismo puro y sano, no habría místicos heréticos, como los quietistas y otros. De la misma

manera (*si licet parvis componere magna*), si Vives no hubiese formulado las leyes del procedimiento experimental, recomendando su uso en los casos en que debe aplicarse, no hubiera venido Bacon proclamando como *único*, ó poco menos, este procedimiento, extendiéndole á todo, anulando la ciencia pura, y encerrándose en el *empirismo*; ni hubiera venido, como legítima consecuencia, el brutal *materialismo* del siglo pasado, ni el *positivismo* que ahora nos aqueja. Esto es evidente. Pero como el procedimiento experimental no deja de ser legítimo aunque de él se abuse, maldita la responsabilidad que le corresponde á Vives por los yerros de sus discípulos.

Que Vives es la más elevada personificación de la España científica, me parece indudable. Si ese calificativo está reservado para el filósofo más original y de más hondo influjo en el pensamiento europeo, ¿quién podrá disputárselo al polígrafo de Valencia? No en modo alguno los *tomistas*; no Suárez, á pesar de su maravillosa *Metafísica*, de la cual dijo Vico que *encerraba cuanto hay que saber en materia de filosofía*; no el mismo Ramón Lull, entendimiento sintético de primer orden, pero no iluminado por aquella ciencia antigua que dió alas á Vives; no Moisés ben Maymon; no Avicibrón, padre de todo el panteísmo moderno; no León Hebreo, de quien desciende toda la estética platónica del siglo xvi; no Séneca, el gran moralista, ni otra ninguna de las grandes figuras de nuestra

historia científica. La filosofía española, *dogmática* y *creyente* al par que *crítica* y *armónica*, sólo alcanza su cabal desarrollo en Vives y Fox Morcillo. Pero Vives, por la universalidad de la doctrina, ha eclipsado el nombre de su discípulo.

Vives fué el más prodigioso de los *artífices del Renacimiento*, y como la obra del Renacimiento era grande y necesaria y santa, y no debe confundirse con las excentricidades de Pomponio Leto ó de cualquier otro pedante, cábele gloria, no pequeña, por ello. *Artífices del Renacimiento*, y no *tomistas*, habían sido los que trabajaron en la Políglota Complutense. Mientras dos judíos conversos, tres humanistas y un griego fugitivo de Constantinopla levantaban aquel monumento, los escolásticos disputaban sobre *suposiciones* y *restricciones*. *Artífices del Renacimiento* fueron los que cuidaron de las primeras ediciones de los Santos Padres, y nadie trabajó en esto tanto como Erasmo. Cuando el *semi-escolástico* Pomponazzi, que en pleno Renacimiento ignoraba el griego y escribía perversamente el latín, dudó de la inmortalidad del alma, no se levantó para responderle ningún tomista (que yo sepa), sino un *artífice del Renacimiento*, un *humanista*, un *peripatético clásico*, muy de segundo orden, Agustín Nipho. Cuando arreciaba la gran tormenta de la Reforma, nacida en los claustros *nominalistas* de Alemania, no en las escuelas de Letras humanas de Italia, encontró, cual valladar firmísimo, los libros *De veritate fidei christianae*, de